



Compilación de entradas #13

Bibliotecario

Un blog de Edgardo Civallero

Bibliotecario
Compilación de entradas 13

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2020.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://bibliotecario.org/>

Kunza

Ckamuria'muley (eclipse de luna), pitchipahniliq'cau (sobrina), ckoimatur (olvidar), beckuntur (acompañar)...

La lengua kunza fue hablada por el pueblo Lickan Antay, también conocido como Atacameño, una sociedad originaria del Norte Grande de Chile (concretamente, de las cuencas de Atacama y del Loa) y la puna o altiplano de la provincia de Jujuy, al otro lado de la frontera, en Argentina.

Ack'ckatchar (holgazán), seltitanti (grano de maíz azul), ha'ps'ckuntur (entender), ckepipui (lágrima)...

En la actualidad, la sociedad Lickan Antay se reduce a los habitantes de unos 17 pueblos ubicados en oasis a más de 2000 m de altitud. De su idioma quedan solo retazos: los menos todavía son pronunciados, los más ya ni siquiera son recuerdos. Los que todavía suenan en los labios nativos son vocablos aislados, que aparecen en algunas actividades ceremoniales, o en un puñado de cantos. Ya no existe un habla cotidiana en kunza.

Latchir'atchi (zorzal), ninchicks (hermoso), labuntur (pastorear), beluinatur (arroyo)...

En un hábitat marcado por la sequía y la aridez, los Atacameños sobrevivieron por generaciones como pueblo agricultor y ganadero, aprovechando las escasas aguadas y las corrientes irregulares de los ríos, alimentados por los deshielos de los Andes. Plantaron calabazas, maíz y judías, el clásico trío de plantas que conformaron la base de la alimentación de la América prehispánica. Y criaron camélidos de los cuales aprovecharon la carne y la lana, el cuero y los huesos, y su fuerza como bestias de carga. Sufrieron los avances del *Tawantinsuyu*, la conquista española, las guerras de independencia, las disputas entre Chile y Bolivia, las presiones de las compañías mineras. Y, a pesar de todo, allí siguen.

Ttetir'guisla (vicuña), *itchansicks* (feo), *backa'psladis* (sur), *ckomu'raimir* (ronquera)...

En cuanto a su lengua, no guardaba relación con ninguna de las hablas vecinas. En la actualidad se han compilado diccionarios (en realidad, listados de palabras) gracias a los testimonios de personas que, en algún momento de su vida, tuvieron la oportunidad de escuchar los últimos ejemplos de kunza cotidiano. La estructura de la lengua aparentemente era sencilla: no se tiene conocimiento de que tuviera flexiones y, hasta donde se sabe, contaba con pocos tiempos verbales. Al parecer, esta "pobreza" del idioma se complementaba con una abundante expresión corporal. Al oído sonaba rasposo, pues primaban las consonantes guturales y las paradas glotales.

Sairilulama (aguacero), *pahniliqcau* (hija), *aitzir* (vizcacha), *cahmor* (luna)...

Pese al predominio del aymara y el quechua primero, y luego del castellano, y a pesar de las prohibiciones de uso bajo penas de azotes y cárcel (p.ej. la de 1776 del corregidor español Francisco de Argumaniz Fernández), el kunza fue empleado durante siglos para transmitir la cosmovisión de todo un pueblo a través de la tradición oral. Todo ello, lamentablemente, está al borde de la desaparición.

Hilay'natur (unir), lalckitchir (luz), peckat'chiuchi (gorrión), icks'puria'ayan (siempre)...

Entre las actividades en las que aún se intercambian palabras en kunza se encuentran el *talatur* y el *cauzulor*, ceremonias agrícolas de limpieza de las acequias, llevadas a cabo en las localidades de Peine y Socaire la primera, y de Caspana la segunda, ente los meses de agosto y octubre. El "enfloramiento" o marcado del ganado y el culto al espíritu de la tierra y a los antepasados que pueblan las cumbres de las montañas, también incluyen algunas canciones y versos en kunza. Triste es señalar que, en general, no se conoce el significado de esas frases que se repiten ritualmente cada año.

Haalor'cap'pin (lucero), ckatchir coanti (el año pasado), mocke'yatur (pesadilla), ckirckir (paloma cordillerana)...

Recogidas desde mediados del siglo XIX por diferentes autores —Philippi, Tschudi, Moore, Bresson, San Román, Vaisse...— las palabras del kunza están consiguiendo, en los últimos tiempos, que se les preste un poco más de atención. Si bien no se podrá

recuperar lo que ya se ha perdido de manera irremediable, sí se podrá mantener lo poco que se recuerda, para que al menos sirva como seña identitaria a los últimos Lickan Antay del norte chileno.

Leps'ley'ia (lejos), ckemptur (usar), ckeleutch (nunca), tchapur'huaqui (zorro)...

Tā moko

Los tatuajes conforman un importante rasgo cultural que se encuentra presente en todas las islas del océano Pacífico, pero especialmente en aquellas que componen la Polinesia y en Nueva Zelanda.

En este último país, los maoríes —la sociedad indígena de la nación insular— desarrollaron técnicas especiales para tatuar la piel. En lugar de pincharla o rasparla y colocar los pigmentos justo bajo su superficie, como hacía el resto de pueblos vecinos, los maoríes la cortaban profundamente, abriendo verdaderos surcos en los que frotaban el pigmento. Mediante este proceso, además de crear diseños coloridos, generaban gruesas cicatrices, de forma que los tatuajes neozelandeses eran, en los viejos tiempos, verdaderas escarificaciones teñidas.

Por otro lado, los tradicionales y característicos motivos en espiral también eran típicos de los maoríes, y no aparecen en el resto de la Polinesia.

Se dice que los tatuajes (llamados *moko* en *te reo māori*, la lengua indígena) tienen su origen en los antiguos rituales funerarios. Las mujeres se cortaban (*haehae*) con conchas o con lascas de obsidiana, y frotaban luego hollín en las heridas. Según sus creencias, los cortes eran una forma de expresar la pena, y el uso de hollín, un medio para dejar un recuerdo imperecedero del ser querido marcado sobre la piel.

Dentro del rico acervo mítico de los maoríes, las técnicas de tatuaje (*tā moko*) fueron traídas al mundo de los hombres desde Rarohenga, el inframundo, por un jefe/*rangatira* llamado Mataora. Mataora se había casado con una mujer-espíritu *tūrehu*, Niraweka. Harta de sufrir a manos de su marido —un tipo de violencia que en su lugar de origen no existía—, regresó a casa de su padre. El hombre, arrepentido, la siguió, y pudo así conocer a su suegro, Uetonga. Éste era descendiente de Rūaumoko, un dios o *atua*: la deidad de los terremotos y la actividad volcánica. Mataora se asombró al ver las marcas que llevaban los habitantes de Rarohenga: en su mundo, en aquella época, los humanos solo se marcaban la piel con dibujos temporales (*whakairo tuhi* o *hopara makaurangi*) hechos con hollín, arcilla azul u ocre.

Mataora aprendió el arte de tatuar de manos de su suegro y, hechas las paces, regresó con su esposa al mundo de los hombres. Allí, estableció una *whare-tuahi* (casa de enseñanza de las artes) que llamó Po-ririta, y en donde quiso poner en práctica los conocimientos adquiridos. Su primer intento, con un individuo llamado Tū-tangata, no tuvo demasiado éxito: la leyenda cuenta que el pobre desgraciado pasó a llamarse "Tū-tangata el feo". Sin embargo, Mataora perseveró y terminó por hacerse famoso. Los diseños que ejecutaba por aquel entonces eran los que vio en el inframundo: *pōngiangia* (tatuaje en los orificios nasales), *pīhere* (tatuaje alrededor de la boca), *ngū* (tatuaje en la parte alta de la nariz) y *tīwhana* (finos tatuajes en las cejas). En principio eran dibujos sencillos, aunque luego fueron haciéndose más y más complejos, inspirándose sobre todo en el arte de *whakairo* (tallado de madera).

El pigmento utilizado para realizar los *moko* era conocido como *wai ngārahu*. Se preparaba con un carbón especial (que se obtenía al quemar cuidadosamente determinadas maderas resinosas) mezclado con aceites o líquidos vegetales, en un proceso denominado *whakataerangi*. El resultado se conservaba en recipientes especiales, hechos de madera o de piedra pómez, y cubiertos con pieles de aves o ratas para que no se secase su contenido.

Los cortes en la piel se hacían con gubias *uhi*, que literalmente "tallaban" la piel como si fuera madera. Las *uhi* solían elaborarse, originalmente, con huesos de aves marinas. La técnica del tatuaje consistía en dibujar primero en la piel el diseño elegido con carbón y agua, para luego comenzar a cortar, golpeando la gubia con un pequeño mazo de madera o con un grueso tallo de helecho. La sangre se iba limpiando con estopa de lino para poder aplicar el pigmento dentro del surco recién abierto.

Tras la llegada de los europeos, los maoríes empezaron a fabricar gubias de metal a partir de clavos, piezas de hierro y cuchillos viejos, e incluso llegaron a usar las tiras metálicas de los corsés femeninos. Además, la pólvora sustituyó al carbón en los pigmentos, lo que daba una coloración más azulada al resultado final. A partir de la Primera Guerra Mundial, las gubias fueron poco a poco desplazadas por las agujas, las cuales permitían trabajar de forma más rápida y menos dolorosa, y acortaban el tiempo de recuperación.

El *tā moko* precisaba de mucha habilidad y experiencia. Su práctica estaba reservada a los *tohunga tā moko*, profesionales especializados y muy respetados. Se les pagaba

con armas, capas o piedra verde. Todo el proceso de tatuado estaba altamente ritualizado, y era *tapu* (sagrado). El *moko* guardaba una estrecha relación con el estatus (*mana*) de la persona. Algunos de los jefes que firmaron el tratado de Waitangi (a través del cual Gran Bretaña se adueñó de Nueva Zelanda) reprodujeron su *moko* a modo de firma. Sin embargo, algunas personas de muy alto rango eran consideradas tan *tapu* que no podían ser tatuadas.

Durante los primeros tiempos del asentamiento europeo en tierras neozelandesas, se vendían cabezas tatuadas disecadas, a modo de suvenires y tesoros para coleccionistas. Para evitar las persecuciones, algunos maoríes mataron a sus esclavos y luego los tatuaron; sus cabezas, llamadas *mokomōkai*, fueron vendidas a museos extranjeros.

Si bien el tatuaje facial y corporal prácticamente desapareció entre los hombres para principios del siglo XX, las mujeres maoríes siguieron tatuándose la barbilla y los labios (*moko kauae*) hasta bien entrados los años 50. Desde los 70 los miembros de pandillas maoríes llevaron *moko* como parte de su identificación, y a partir de los 80 el renacimiento maorí impulsó el uso de *moko* como rasgo identitario. Al mismo tiempo, ese movimiento logró que muchas de las *mokomōkai* conservadas en museos del mundo fueran devueltas a Nueva Zelanda.

Lenguas olvidadas, hablantes invisibles

En 2009, el presidente peruano Alan García firmó con EE.UU. un Tratado de Libre Comercio que forzó al ejecutivo latinoamericano a promulgar 7 decretos legislativos para poder adaptarse al nuevo acuerdo. Todos ellos regulaban la explotación de los recursos forestales e hidráulicos de la Amazonia peruana, permitiendo a compañías extranjeras como Repsol (tan defendida últimamente) el acceso a áreas del norte del país y la "explotación" (es decir, el saqueo) de todo lo que quisieran, a su entero placer. Esos decretos provocaron que muchas poblaciones indígenas se movilaran para defender sus territorios y sus recursos. En junio de 2009, varias comunidades Awajun (Aguaruna) y Wampis (Huambisa) del Alto Marañón bloquearon la carretera de acceso a la localidad de Bagua (provincia de Bagua, departamento Amazonas) como señal de protesta ante las medidas del gobierno de García. Éste envió a la policía y al ejército para desalojarlas, generando brutales enfrentamientos que dejaron como saldo numerosos muertos, heridos y desaparecidos. De acuerdo a las declaraciones de los testigos, los helicópteros de la policía abrieron fuego indiscriminadamente contra los manifestantes, y muchísimos cadáveres de indígenas fueron quemados y arrojados al río Marañón para ocultar la magnitud de la matanza.

Tras la masacre, una cámara de televisión captó la desesperación de una mujer Awajún, que se dirigía a los gritos a los reporteros, gesticulando vivamente. La escena fue fielmente recogida: era muy dramática, y seguramente quedaría muy bien en las noticias.

Sin embargo, una vez que la grabación llegó a Lima, nadie fue capaz de traducir lo que aquella mujer decía. Nadie logró entender una sola palabra, ni dar con alguien que lo hiciera.

Solo merced a que el video circuló por Youtube y a que un hablante de agurauna (una lengua del grupo Jívaro) lo encontró y se molestó en traducirlo (aunque tal traducción es aproximada), fue posible que la televisión proporcionara subtítulos a las imágenes, y que entonces los conciudadanos de aquella Awajún peruana comprendieran las denuncias que gritaba desesperadamente.

Ese mismo año, cuatro adolescentes que participaban en un taller de documentales impartido por la Asociación Nómadas en la zona de Titicaca, región de habla aymara en la frontera entre Perú y Bolivia, recogieron en video el testimonio de la vida cotidiana de Manuela, una anciana de 80 años que no hablaba castellano. Solo aymara.

El problema era que a pesar de que Manuela vivía en una zona netamente Aymara y de que el aymara es una lengua (oficial en Bolivia, co-oficial en Perú) hablada por seis millones de personas, así y todo, el médico de su pueblo no la entendía y en la tienda no le vendían nada porque no sabían lo que pedía. Y su nieta era discriminada por defender el uso de esa lengua ancestral.

Éstas son sólo dos pequeñas muestras de la invisibilidad a la que se condena a los hablantes de lenguas indígenas en América Latina, Una invisibilidad reforzada y reproducida por maestros, por médicos, por funcionarios, por políticos, y que no es

exclusiva de las Américas: está presente en Asia, en África, en Oceanía, incluso entre algunas "minorías lingüísticas" europeas.

Sería triste que en un futuro cercano todo lo que nos quede de esas maravillosas formas de expresión humana sean un puñado de videos en YouTube. Y sería lamentable que nos quedáramos con la sensación de que, cuando aún estábamos a tiempo, no hicimos nada para salvar tantas voces y tantas palabras.

Wampum

Los cinturones *wampum* son fajas hechas de cientos de diminutas cuentas de conchilla, utilizadas tradicionalmente por los pueblos indígenas de los bosques orientales norteamericanos: los Lenape, los Massachusett, los Wômpanâak, los Naumkeag, los Nauset, los Narragansett, los Mohegan, los Montauk, los Niantic, los Pequot, los Shinnecok y las naciones que componen la Confederación Iroquesa: Mohawk, Onondaga, Oneida, Cayuga, Seneca y Tuscarora.

En *Reading the Wampum: Essays on Hodinöhsö:ni' Visual Code and Epistemological Recovery* (Syracuse University Press, 2014), Penelope Myrtle Kesley —una investigadora de origen Seneca— explica que son bandas de cuentas tubulares pequeñas (6 mm de largo y 3 mm de diámetro), blancas (*wampum*) y púrpuras (*sewant* o *suckauhock*), hechas a mano a partir del canal interno de una caracola marina (género *Busycotypus*) las primeras y de la concha de ciertas almejas (género *Mercenaria*) las segundas. Un cinturón *wampum* de dos metros puede tener unas 6000 cuentas. Originalmente, éstas se unían mediante nervios o tendones de ciervo, corteza de asclepia o fibras de tilo; hoy se emplea sobre todo fibra de cáñamo, por su resistencia.

Si bien el uso de los *wampum* como moneda sigue siendo debatido, queda claro que fueron y aun son utilizados como elemento ceremonial y, sobre todo, como un recurso mnemotécnico para almacenar saberes. Dado que los pueblos indígenas eran ágrafos,

los diseños reflejados en estos cinturones de conchilla servían como una suerte de "escritura pictográfica". Tomando los esquemáticos dibujos como guía, los encargados de conservar y leer los valiosos *wampum* —un cargo de gran honor y responsabilidad— podían repetir historias, tratados y genealogías, y transmitirlas para que se preservaran con el paso de las generaciones.

De acuerdo a las tradiciones orales de los Hodinöhsö:ni' o Haudenosaunee (los pueblos que componen la Confederación Iroquesa), los cinturones *wampum* fueron "creados" por Ha:yëwënta' o Hiawatha, un personaje histórico notable rodeado de un denso halo legendario, y asociado a otro personaje similar, Skennenrahawi, el Gran Pacificador. Éste último era un profeta del pueblo Hurón que se esforzó por conseguir la paz entre las distintas tribus que vivían alrededor de los Grandes Lagos, y el fin del canibalismo ritual. Ayudado por la carismática y brillante oratoria de Hiawatha, un hombre del pueblo Onondaga (Skennenrahawi, además de ser "extranjero", es decir, no iroqués, tenía serios problemas para hablar), logró fundar la Confederación Iroquesa hacia el siglo XIII o XIV.

Dice la leyenda que tras haber perdido a sus tres hijas y a su esposa en una serie de desafortunados y terribles eventos, a Hiawatha no le quedaron ganas de vivir y se había abandonado a su suerte a orillas del lago Tully (en el actual estado de Massachusetts). Mientras yacía allí tirado, una enorme bandada de pájaros que había estado flotando plácidamente sobre las aguas alzó el vuelo de repente, y con la fuerza de tantas alas batiendo a la vez, las aguas se retiraron y dejaron entrever el lecho del lago, cubierto de conchas de *wampum*. Admirado y animado por un espectáculo tan

mágico y bello, Hiawatha las recogió y las fue hilvanando en una cuerda, mientras se decía: "Esto es lo que haré si alguna vez encuentro a alguien tan cargado de penas como estoy yo en este momento: tomaré estas sartas de conchas en mi mano, y lo consolaré. Estas sartas se convertirán en palabras en mi boca, y me ayudarán a deshacer la oscuridad que cubre como un manto a los que sufren, a los que están confundidos. Con estas sartas en la mano, mis palabras serán honestas y verdaderas". Hiawatha no solo fue capaz de superar su pérdida sino que, armado de sus *wampum*, se convirtió en uno de los más inspirados oradores de los iroqueses. Sus palabras tenían, entre otras cosas, la capacidad de sanar a todos aquellos que habían perdido a sus seres queridos, y lograron evitar muchas "guerras de duelo", ataques a pueblos vecinos para buscar compensación o venganza.

Esta historia muestra el poder simbólico que los Hodinöhsö:ni' daban al cinturón *wampum*. Se trataba de una herramienta para limpiar los ojos, los oídos y las gargantas de negatividad y restaurar la "buena mente", no solo a nivel personal sino también comunitario. Pero además los *wampum* codificaban saberes: el patrimonio intangible que componía los cimientos de la identidad de los diferentes pueblos.

El poder de los cinturones fue reconocido y socavado por las autoridades norteamericanas, tanto las coloniales británicas y francesas, como las republicanas estadounidenses y canadienses. A lo largo del siglo XIX, estas últimas lanzaron campañas para robar o adquirir ilegalmente la "biblioteca" de cinturones *wampum* de la Confederación Iroquesa; en uno de los hechos más curiosos de la historia de ese periodo, la sección 27 de la New York State Indian Law (1899) confería el título de

"conservador de los *wampum*" a la Universidad Estatal de Nueva York (algo relatado magníficamente por Richard W. Hill en *Regenerating Identity: Repatriation and the Indian Frame of Mind*, Routledge, 2012).

Esta campaña, que arrebatava valiosos registros simbólicos y culturales a las sociedades originarias, se combinó con el establecimiento de escuelas que buscaban imponer la lengua inglesa, el cristianismo y las narrativas y cosmovisiones eurocéntricas, en un genocidio cultural cruelmente orquestado.

Para el año 1900, cientos de cinturones *wampum* se almacenaban en instituciones como el State Museum de Nueva York y la Smithsonian Institution, o estaban en manos de coleccionistas como el tristemente célebre John Boyd Thacher, el alcalde de la ciudad de Albany. Dada las políticas marcadamente racistas vigentes entre los siglos XIX y XX, las comunidades indígenas no lograron hacer oír los reclamos sobre la devolución de su patrimonio hasta la década de los 60 del siglo pasado. En 1975, 1983 y 1988 se repatriaron varios *wampum*; hasta la fecha, varios cientos de cinturones han sido devueltos a la Confederación Iroquesa, aunque muchos otros aún continúan en museos públicos y colecciones privadas.

En la actualidad, pueblos como los Cayuga, los Shinnecok y los Wômpanâak siguen elaborando y usando el cinturón *wampum*, mientras que muchos artistas indígenas replican viejos motivos o producen nuevos diseños para narrar historias pasadas y presentes. El símbolo es tan poderoso y tiene una tradición tan larga en ese rincón del mundo que la actual bandera de la Confederación Iroquesa refleja el diseño de un

wampum: el famoso "cinturón de Hiawatha", con el que se selló la paz entre los Hodinöhsö:ni'. Esa paz inspirada por las palabras del propio Hiawatha, inspiradas a su vez por unos racimos de conchas que, desde el fondo de un lago, iluminaron su día más triste.

